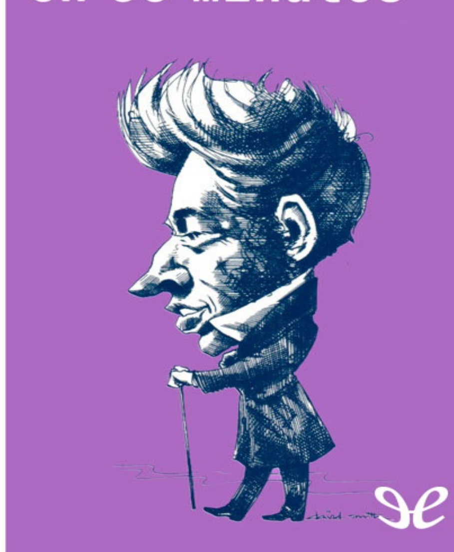
Paul Strathern

Filósofos
en 90 minutos

KIERKEGAARD
en 90 minutos



Kierkegaard no fue realmente un filósofo en el sentido académico y, sin embargo, produjo lo que mucha gente espera de la filosofía. No escribió sobre el mundo, escribió acerca de la vida, de cómo vivimos y de cómo elegimos nuestra vida. El sujeto es el individuo y su existencia: «el ser existente». Para Kierkegaard, esta entidad puramente subjetiva está más allá del alcance de la razón, la lógica, los sistemas filosóficos, la teología, e incluso de las «pretensiones de la psicología». Sin embargo, es la

fuente de todas estas tareas. La rama de la filosofía a la que Kierkegaard hizo nacer ha llegado a ser conocida como existencialismo.

En Kierkegaard en 90 minutos, Paul Strathern presenta un recuento conciso y experto de la vida e ideas de Kierkegaard, y explica su influencia en la lucha del hombre por comprender su existencia en el mundo. El libro incluye una selección de escritos de Kierkegaard, una breve lista de lecturas sugeridas para aquellos que deseen profundizar en su pensamiento y cronologías que

sitúan a Kierkegaard en su época y en una sinopsis más amplia de la filosofía.



Paul Strathern

Kierkegaard en 90 minutos

Filósofo en 90 minutos - 13

ePub r1.0

mandius 09.07.14

Título original: *Kierkegaard in 90 minutes*
Paul Strathern, 1997
Traducción: José A. Padilla Villate

Editor digital: mandius
ePub base r1.1



Kierkegaard en 90 minutos

1813-1855

Introducción

Kierkegaard no fue en realidad un filósofo; al menos en el sentido académico. Y, sin embargo, produjo lo que mucha gente espera de la filosofía. No escribió acerca del mundo, sino acerca de la vida, cómo vivimos y cómo elegimos nuestra vida.

Kierkegaard filosofó sobre lo que significa estar vivo. Su tema fue el individuo y su existencia: el «ser

existente». Para Kierkegaard esta entidad puramente subjetiva está más allá del alcance de la razón, la lógica, los sistemas filosóficos, la teología e incluso de las «pretensiones de la psicología». Y, sin embargo, es la fuente de todas ellas. El resultado ha sido que filósofos, teólogos y psicólogos han renegado tarde o temprano de Kierkegaard. A la rama de la filosofía —o no filosofía, según algunos puristas— que Kierkegaard hizo nacer se le ha dado en llamar *existencialismo*.

Al existencialismo le llevo algún tiempo crecer. Algunos filósofos —Nietzsche, Husserl y Heidegger—

fueron existencialistas sin saberlo (según los existencialistas). Heidegger lo negó vehementemente y Nietzsche murió antes de que nadie llegara a decírselo. En realidad, el existencialismo se puso en pie casi un siglo después de la muerte de Kierkegaard, cuando surgió el filósofo francés Jean-Paul Sartre en París después de la Segunda Guerra Mundial.

Los intelectuales del París de la posguerra estaban desesperados: ya no había nada en qué creer. El surrealismo, que había ganado credibilidad intelectual anunciándose así mismo como absurdo, era visto ahora como

ridículo. Los intelectuales franceses hallaban difícil creer en el comunismo (aunque ciertamente lo intentaron) después del ascenso de Stalin. Entonces llegó el existencialismo, que no exigía de uno el creer en nada en absoluto, sino que más bien enfatizaba que la desesperación forma parte de la condición humana.

El existencialismo se hizo moda y se extendió más allá de los cafés de la Orilla Izquierda para llegar a los cafés del Greenwich Village, de Londres y a los lugares frecuentados por los *beatniks* de San Francisco. Atrajo también la atención en las universidades

a ambos lados del Atlántico, de modo que el existencialismo fue a la vez filosofía de café y universitaria, una mezcla inusual de lo espurio y lo profundo. Resultó atractivo a los artistas, escritores, filósofos y charlatanes, todos los cuales aportaron su contribución a su expansión. Fue antecedente de las sucesivas modas de las décadas siguientes: conductismo, estructuralismo, postestructuralismo y demás.

El núcleo de la filosofía existencialista —«el problema de la existencia»— fue el producto típico del siglo veinte, caracterizado por la

alienación, el temor (*angst*), el absurdo y la preocupación por las palabrejas sonoras semejantes. Pero todo esto proviene directamente de Kierkegaard, que nació un siglo antes que Sartre.

Kierkegaard se adelantó a su tiempo al traer a colación el reexamen, por mucho tiempo dejado de lado, de una de las primeras preguntas filosóficas: «¿Qué es la existencia?». Es cierto que casi todo el mundo continuó haciéndose siempre esta pregunta, todos excepto los filósofos. Para ellos, la cuestión era ridícula, o sin valor, o era tan bien contestada por su propia filosofía que no había ninguna necesidad de seguir

ocupándose de ella. Kierkegaard, por su parte, opinaba que todo individuo no sólo debe hacerse la pregunta sino que tiene que hacer su propia vida con la respuesta subjetiva que le da. Este énfasis en la subjetividad es la contribución principal de Kierkegaard.

El problema de la existencia —o del «ser»— estuvo en el centro del pensamiento de los primeros filósofos. Los filósofos se ocuparon de la cuestión del ser antes de que Sócrates y Platón introdujera la razón en la filosofía (haciéndola así respetable académicamente). ¿Qué significa vivir? ¿Cuál es el significado de la existencia?

se preguntaban. Estas preguntas ingenuas provocan hoy la risa de los filósofos serios; se nos dice que sencillamente no tienen sentido, pero los simples mortales continuamos tozudamente formulándolas y, en nuestra ingenuidad, hasta confiamos en que nos la conteste la filosofía. Algunos filósofos presocráticos, alegremente inconscientes de la sofisticación de los filósofos venideros, insistían en tomarlas en serio.

Parménides, que vivió en la colonia griega de Elea en el sur de Italia en el siglo quinto antes de Cristo, enseñó que el ser es el único y permanente elemento de todo lo existente. «Todo es uno». La

multiplicidad, el cambio y el movimiento no son sino apariencia. Otros filósofos presocráticos se preguntaron sobre la diferencia entre la existencia de las cosas «reales» y las nociones abstractas e imaginadas. ¿Qué cualidad distingue mi existencia de la de los entes matemáticos, o los sueños? ¿Qué significa «existir»?

Entonces llegaron Sócrates y Platón. «Conócete a ti mismo» —en lugar de «conoce lo que quiere decir ser uno mismo»— era la orden del día. El problema del ser desapareció de la filosofía. Esta noción fundamental (quizá la más fundamental de todas) fue

sencillamente ignorada. Para Platón, la existencia era simplemente dada y no se hacía cuestión de su naturaleza.

Se puede muy bien decir que Platón has ido la mente filosófica más comprehensiva y profunda de todos los tiempos; sin embargo, pasó por alto lo que muchos consideran que es la cuestión filosófica más importante de todas. (Newton ha sido la mente científica más comprehensiva y profunda de todo los tiempos; pero ello no impidió que Einstein demostrara que su universo se apoyaba en una hipótesis falsa.) A pesar de las muchas opiniones contemporáneas en contra, hay un

progreso fundamental; conocemos cada vez más acerca del mundo en todos los campos, excepto, quizás, en filosofía. Pero en lo que respecta a la existencia individual seguimos igual; no parece que haya progreso en lo que concierne al ser subjetivo. Todos sufrimos (o gozamos) idéntica situación: la condición humana. Y ha sido así desde tiempo inmemorial.

Tras las huellas de Platón, los filósofos que le siguieron continuaron ignorando la condición humana. La existencia subjetiva —quizá la única cosa que todos tenemos indiscutiblemente en común— quedó para meditación de ingenuos. Las

filosofías de Platón y de su discípulo Aristóteles reinaron sin discusión durante dos milenios, hasta que en el siglo diecisiete la filosofía regresó a su base: ese terreno fundamental en el que había nacido. ¿Quién soy y qué quiero decir cuando digo «existo»? El filósofo francés Descartes declaró «*Cogito ergo sum*» (Pienso luego existo). Se puede dudar de todo lo que está en la mente o en el mundo, todo puede ser ilusión o fantasía engañosa, todo excepto el hecho de que yo estoy pensándolo. La noción fundamental, la roca absolutamente incuestionable sobre la cual basar toda filosofía era de nuevo el ser subjetivo.

Pero éste era en gran medida el ser de un intelectual francés, de modo que existía sólo cuando pensaba. Los sentimientos, las percepciones y demás seguían estando sujetos a la decepción. El «yo» subjetivo era capaz de saber que existía, pero no podía conocer con certeza nada más. Quedaba desnudo e indefenso, expuesto a los elementos engañosos: «el hombre es un inadaptado», escribió Shakespeare, «no es sino un pobre y desamparado animal aherrojado».

El filósofo alemán Kant diseñó un albergue adecuado para esta pobre e indefensa criatura. Kant construyó una

mansión grandiosa con un sistema filosófico basado en la razón que lo abarcaba todo, que acomodada al «yo» subjetivo en un esplendor magistral. A Kant le siguió Hegel, que construyó a su vez un sistema todavía más grandioso, basado en la idea de que «todo lo racional es real y, todo lo real es racional».

Tanto Kant como Hegel perdieron de vista la cuestión original y sus sistemas no daban respuesta satisfactoria al problema subjetivo: «¿Qué es la existencia?». Un sistema racional presupone un mundo racional y consiste en dar respuestas de razón a preguntas

de la razón. El «yo» subjetivo está más allá de la razón y no es enteramente una parte del mundo. Kierkegaard comprendió esto y pensó que la respuesta no está en un sistema perfecto que lo explique todo. Hay un problema más radical que da origen a preguntas del tipo ¿Qué es la existencia? o ¿Qué significa existir? Kierkegaard se propuso la tarea de responder a estas preguntas.

Vida y Obra

Søren Aabye Kierkegaard nació en Copenhague el 5 de mayo de 1813 el mismo año que el teatral compositor de ópera Richard Wagner. Estos personajes arquetípicos del siglo diecinueve ocupan los polos opuestos entre los genios del siglo. Kierkegaard sería todo lo que Wagner no fue, y viceversa. Virtualmente la única cosa que tenían en común era una vena de locura, algo al

parecer indispensable en todo genio del siglo diecinueve. La locura de Kierkegaard no era un rasgo central en su carácter (el hijo de su hermano sí fue internado en un asilo), pero es evidente en ciertas peculiaridades de su comportamiento. Fue un solitario obseso durante toda su vida, de modo que las escasas influencias que recibía adquirían un aspecto exagerado. La influencia más importante que recibió el joven Kierkegaard fue, con mucho, la de su padre, bastante más cercano de la locura (probablemente le habrían mirado como a un orate en una sociedad mediterránea más sofisticada).

El padre de Kierkegaard tuvo tal preponderancia en su formación que casi todo su carácter fue resultado directo de la poderosa influencia de su padre o una reacción violenta en su contra. Apenas hubo algo de normalidad desenfadada en su relación.

El padre de Kierkegaard había nacido como siervo en las remotas tierras pobres de Jutlandia, en el norte de Dinamarca. Su familia pertenecía al párroco de la localidad y laboraba sus tierras. A esto se debe, probablemente, el nombre de Kierkegaard, que significa camposanto en danés. A la edad de diez años, el joven Kirkegaard padre tenía

que cuidar de las ovejas bajo todas las inclemencias del tiempo. Según uno de sus hijos, «padeció hambre y frío; otras veces había de soportar los rayos ardientes del sol, a solas con sus animales, desamparado». Era muy religioso y no podía comprender por qué Dios permitía que sufriera tanto. Un día, presa de la desesperación, de pie en una árida colina, maldijo solemnemente a Dios.

Casi desde ese preciso instante, las cosas comenzaron a ir mejor. Un tío de Copenhague le llamó y le dio empleo en su negocio de prendas de lana, donde demostró ser un excelente vendedor,

viajando a pie en toda estación por carreteras y caminos para vender medias y jerseys a campesinos y gentes de las ciudades. Reunió el dinero suficiente para casarse y fundar un hogar. Heredó un negocio considerable al morir su tío y continuó desarrollándolo hasta convertirse en uno de los comerciantes más ricos de Copenhague, recibiendo a veces incluso a la realeza a su mesa. Las cinco casas que poseía sobrevivieron al bombardeo naval británico de 1803, mientras que extensas zonas de la ciudad quedaron arrasadas. Diez años después, el padre de Kierkegaard fue uno de los pocos que salió indemne de la quiebra

de la economía danesa al haber invertido su fortuna en papel del Estado.

Pero el hombre que había blasfemando sentía lo más profundo de sí mismo que estaba condenado. Murió su primera esposa y se volvió a casar con su criada. Sólo sobrevivieron dos de sus siete hijos y, al poco, la segunda esposa también murió.

Søren Kierkegaard era el menor y había nacido cuando su padre tenía ya cincuenta y seis años; los días de su infancia venían marcados con regularidad por muertes en la familia. Ya predestinado y obsesionado por la religión cuando nació Søren, el padre de

Kierkegaard se convirtió en un tirano cada vez más depresivo. Dejó los negocios y se retiró a una vida recluida en las tinieblas de la mansión familiar. Se percató pronto de qué Søren era el más inteligente de sus hijos e hizo de él su favorito, una posición envidiable en cualquier otra familia, pero no en la de Kierkegaard.

Cuándo Kierkegaard cumplió los siete años, su padre empezó a enseñarle lógica a su peculiar manera. Las frases del joven Kirkegaard eran sometidas a perverso escrutinio lógico y cada aserto había de ser debidamente justificado.

Pero podía ir de viaje por el

extranjero para descansar, si bien estos viajes tenían lugar dentro de los confines del estudio de su padre. El joven Kierkegaard debía escuchar atentamente las esmeraldas descripciones de maravillas arquitectónicas y culturales de lugares lejanos como Dresde, París y Florencia; después el joven Kierkegaard debía hacer el «gran tour» alrededor del cuarto mientras describía hasta el menor detalle lo que veía, como, por ejemplo las colinas soleadas de Fiesole sobre los domos y torres de Florencia.

Como resultado de este abuso a la infancia, el joven e inteligente

Kierkegaard desarrolló una mente lógica de primera magnitud y una imaginación soberbia, si bien algo árida. Al igual que muchos de los escritores de guías de viaje modernos, el padre de Kierkegaard jamás había visitado los románticos y lejanos lugares que describía; todos sus viajes los había hecho entre las tapas de los libros, lo que no impedía que sus descripciones contuvieran detalles auténticos. En su filosofía posterior Kierkegaard mostraría una extraña habilidad para imaginarse así mismo en situaciones (especialmente bíblicas y psicológicas) que había experimentado sólo

metafóricamente. Esta destreza la debía a los viajes de salón en compañía de su padre.

A un nivel más hondo, el padre de Kierkegaard parece haber deseado abrumar la mente de su hijo imponiéndole su propia visión sesgada del mundo. Los padres dominantes han disfrutado siempre infligiendo a sus hijos las metas que han logrado (o, más frecuentemente, las que no), pero el padre de Kierkegaard era diferente. Se sentía dirigido, pero ya no tenía metas, se veía condenado y se revolcada en su desesperación y quería, conscientemente o no, imponer esta desesperación

forzada a su hijo. En su diario cuenta, con evidente intención, la historia de un hombre que contempla a su hijo y le dice: «Pobre niño, vives en un silencioso desespero», lo que podría corresponder a un episodio autobiográfico o, quizás, a un relato de su tiempo.

No es de extrañar que Kierkegaard fuera un alumno extraño en la escuela. Vestía ropas formales y anticuadas y se comportaba de una manera formal y anticuada. Sus maestros se referían a él como el «pequeño anciano». No destacó en la escuela, aunque ciertamente le correspondía una clase intelectual

distinta de la de sus condiscípulos. Su padre le había instruido en no llamar la atención sobre su inteligencia: debía quedar en el tercer puesto de su clase, y el joven Søren obedeció (le ha debido ser difícil como a todo genio en ciernes no ser el primero).

Según Kierkegaard iba creciendo, se veía cada vez más que su apariencia rara se debía a algo más que sus ropas anticuadas. Su cuerpo era anguloso y rígido y debió de tener algún tipo de deformación de la columna que le produjo una ligera chepa. Siempre fuera de las bandas de chicos el desplazado Kierkegaard hubo de atraer

inevitablemente las bromas de sus bulliciosos compañeros y tuvo que defenderse con su ingenio sarcástico. Utilizaba el sarcasmo de forma agresiva, provocaba a los otros chicos con sus comentarios y daba así ocasión a sus ataques. Este rasgo de conducta se había de repetir a lo largo de toda su vida.

Como a muchos introvertidos serios, a Kierkegaard le gustaba ser el centro de atención. Estaba acostumbrado a serlo de su padre, y la ferviente intensidad de su vida interior indica que también lo era de su propia atención. Al provocar a los demás, si bien sufría por ello, reforzada la ilusión de que el mundo

giraba alrededor de él. Este complejo de mártir había de ser un elemento importante de su modo de ser.

Al terminar el bachillerato, Kierkegaard se inscribió en la Universidad de Copenhague para estudiar teología. Parece que, sorprendentemente, fue un estudiante normal. Pronto se dio a conocer en los círculos de estudiantes de la provinciana Copenhague por su extensa erudición y su ingenio incisivo. Relegó la teología a segundo plano en favor de la filosofía. Se interesó por Hegel, cuya filosofía se había extendido por Alemania como una plaga y tomaba proporciones de

epidemia en naciones menos filosóficas. La seriedad, severidad y espiritualidad de la visión del mundo de Hegel tocaron una fibra sensible en Kierkegaard. Según el sistema omnicomprensivo de Hegel, el mundo deviene de acuerdo con un proceso dialéctico triádico. Una tesis inicial genera su antítesis y ambas son subsumidas y superadas en la síntesis que, a su vez, es una tesis, y así sucesivamente. Un ejemplo clásico es:

Tesis: Ser (o existencia). Antítesis: Nada (o no existencia). Síntesis: Devenir.

Todo se mueve hacia un nivel cada vez mayor de autoconciencia por medio

de la dialéctica, para llegar, al final, al Espíritu Absoluto, donde se encuentra todo subsumido y que se contempla a sí mismo. El Espíritu Absoluto lo abarca todo, incluso la religión, que es como un estado estadio previo a la filosofía última (esto es, la de Hegel). Kierkegaard se sintió atraído por esta filosofía, y no en último lugar debido a sus aspectos edípicos, religiosos y narcisistas.

Si bien Kierkegaard se sintió transido de admiración hacia Hegel, su relación con él fue dialéctica desde el principio. Le odiaba tanto como le amaba y su propia filosofía

antihegeliana llevaría dentro de sí muchos de los conceptos hegelianos, transformados por la versión de la dialéctica propia de Kierkegaard. Más importante es que Kierkegaard tuvo desde el comienzo sus dudas acerca del Espíritu Absoluto y de su autoconocimiento. Pensaba que lo subjetivo tenía que ser más trascendental para el individuo que el Espíritu Absoluto. Nuestra principal preocupación es el reino de lo subjetivo. Algunos comentaristas ingeniosos han querido ver en esto ecos subconscientes de la relación de Kierkegaard con su padre y, en efecto, el joven elemento

subjetivo se encontró pronto en oposición al Espíritu Absoluto paterno.

La relación con su padre sufrió un cambio dramático por ese tiempo. Parece ser que el padre de Kierkegaard le hizo algunas confesiones a su intenso e impresionable hijo, como vía de transmisión de la maldición familiar. Le explicó cómo había maldecido a Dios mucho tiempo antes en la colina de Jutlandia. Se dice que Kierkegaard retrocedió horrorizado ante esta revelación y que poco después se deslizó hacia el alcohol y una vida disoluta en la universidad.

Otros perspicaces comentaristas han

sugerido que en esto hay más de lo que parece a primera vista. Posiblemente, Kierkegaard estaba ya buscando una excusa para librarse de la abrumadora influencia de su padre. Parece ser también cierto que la confesión del piadoso anciano incluía algo más qué cuestiones teológicas y que le confió que había fornicando, esto es, dormido con la criada (su segunda esposa, la madre de Kierkegaard) cuando su primera esposa estaba todavía en su lecho de muerte. Esto podría ayudar a explicar el dramático vuelco (quizá dramatizado por él mismo) en la conducta de Kierkegaard, que no era en realidad tan

disoluta como pretende hacernos creer. Se ha sugerido también que la confesión del padre contenía algo más serio que su blasfemia de infancia o su sentimiento de culpa por sus pecados. Según el crítico Ronald Grimsley, algunas referencias encubiertas del diario de Kierkegaard sugieren que el padre había visitado un burdel y contraído la sífilis, que pudo quizá haber transmitido a su hijo. El comportamiento posterior de Kierkegaard ciertamente sugiere esta terrible posibilidad.

Como parte de su campaña de libertinaje (con pecados tan horrendos como emborracharse escandalosamente

en los cafés y pasear por la calle principal fumando un puro) Kierkegaard visitó un burdel. Tal y como sucede con mayor frecuencia de lo que se suele admitir, su iniciación fue un fracaso. Aquella noche, Kierkegaard escriboteó incoherentemente en su diario: «Dios mío, Dios mío… (¿por qué me has abandonado?) Esas risotadas bestiales…» In extremis, Kierkegaard se identificó con las palabras de Cristo en la cruz. Aunque había intentado huir de su religión, seguía siendo su referencia espiritual.

Éste habría de ser el único encuentro sexual de Kierkegaard en toda su vida.

Anotaciones posteriores de su diario indican que fue más que una humillación usual. Escribe que «me han sido negadas las cualidades físicas necesarias para hacer de mí un ser humano completo». En otros lugares se refiere a su «espina en la carne», y menciona «la desproporción entre su alma y su cuerpo». Solamente podemos adivinar los detalles precisos de esta aflicción tan personal, que parece haber involucrado impotencia sexual.

Se ha pensado que estas circunstancias han acompañado siempre a Kierkegaard y hecho de toda su vida y obra un «caso especial». Nada más lejos

de la verdad. Mucho más plausible es que su sufrimiento personal actuara como un acicate constante, aumentando su padecimiento hasta que se hizo más intensamente humano. Paradójicamente, sirvió tanto para separarle de la vida como para sumergirle en ella con mayor intensidad. Su continuo sufrimiento le hizo más consciente de las futilidades y las profundas implicaciones de la condición humana.

Kierkegaard sufrió una crisis de desesperación en la primavera de 1836; se encontraba abrumado por la visión de su mundo interior, que le parecía corrompido por el cinismo. El fumador

de puros que divertía a sus amigos escondía un abismo interior. Pensó seriamente en la idea del suicidio.

El 18 de mayo de 1838, Kierkegaard tuvo una experiencia espiritual a la que se refiere en su diario como «el gran terremoto»: «Por fin… encuentro alivio al pensar que a mi padre le había sido confiado el penoso deber de reconfortarnos con el consuelo de la religión, de cuidar de que a nosotros se nos abriera un mundo nuevo, aunque lo perdiéramos todo en este». Quedaba abierto el camino para su regreso a Dios y la reconciliación con su padre. Justo a tiempo, pues su padre moriría tres meses

después. Kierkegaard interpretó que su padre había muerto para que «yo pudiera hacer algo de mí mismo, si era posible». La poderosa imaginación de Kierkegaard hacía que a menudo mitologizara los acontecimientos que le afectaban profundamente; pero de esta manera daba significado a su vida.

La muerte de su padre, proporcionó a Kierkegaard una fortuna de más de veinte mil coronas. (Kierkegaard calculó que le durarían de diez a veinte años). De la noche a la mañana pasó a ser uno de los jóvenes de Copenhague más ricos y más apetecibles para marido.

Kierkegaard se había resistido durante más de seis años a presentarse a los exámenes de la universidad, principalmente porque su padre deseaba que se graduara en teología y se hiciera pastor, algo que apenas le apetecía. Pero ahora todo había cambiado. Con un argumento típicamente perverso (de la suerte de los que habían de ser característicos suyos) se persuadió a sí mismo de que debía a su padre aprobar los exámenes, puesto que ahora estaba libre de su presión y era financieramente independiente y no tenía que trabajar.

Estudió intensamente durante dos años, viviendo una vida cristiana

ejemplar. Conoció en ese tiempo a una joven adolescente de buena familia llamada Regina Olsen, con la que se encariñó profundamente, a pesar de que era diez años más joven que él. La cortejó a la manera formal de la época, regalándole libros, leyéndoselos y paseando con ella del brazo por la Esplanada los domingos por la tarde. Regina estaba entusiasmada con su rico pretendiente cuya brillantez y gracias sociales aparecían atemperadas por una pizca de melancolía seductora. Kierkegaard le correspondía con un sentimiento igual de profundo, pero que se quedaba en lo enteramente espiritual.

Regina, en su inocencia, apenas lo notaba, pues así era el comportamiento normal en la decente sociedad danesa. El lado físico de toda relación venía después y ¡ay del pretendiente que no respetara las reglas! Regina se apercibió pronto, a pesar de su ingenuidad, de que se había enamorado de un hombre nada corriente. Kierkegaard era muy cuidadoso con los libros que le regalaba e insistía en discutir con ella sus contenidos, instruyéndola sobre la manera correcta de interpretarlos. Parecería como si Kierkegaard se propusiera dominar a la Regina de diecisiete años tal como su padre había

hecho con él; pero Kierkegaard no estaba hecho de la severa pasta de su padre. Algo le advertía de lo equivocado de esta actitud y de toda la situación. Sin embargo, la amaba. A veces se interrumpía en la lectura y ella notaba que estaba llorando en silencio; lo mismo ocurría cuando ella tocaba el piano para él. Tal como escribió: «Kierkegaard sufría terriblemente de melancolía», observación que tenía tanto de trágicamente profética como de conmovedora. Formalizaron su compromiso después de aprobar Kierkegaard sus exámenes y cuando ya comenzaba su preparación para pastor.

Una vida normal aparecía como horizonte, pero Kierkegaard era incapaz de vivir una vida normal y lo sabía. Le era imposible espiritualmente, psicológicamente, emocionalmente, físicamente, en casi todos los aspectos. Pero lo imposible había sucedido: se había enamorado y Regina se había convertido en mucho más que la protegida espiritual que imaginó. Al mismo tiempo Kierkegaard se sentía llamado a una vida fuera de lo normal, a una vida «más alta», si bien no entendía totalmente todavía qué clase de vida sería esa. Sólo estaba seguro de que quería dedicarse a escribir, a la

filosofía, a Dios y, para ello, sentía instintivamente que era necesario sacrificar todo lo demás.

Kierkegaard supo que había cometido una equivocación a los pocos días de su compromiso con Regina y trató de romperlo lo más gentilmente posible, pero Regina no comprendía. Le devolvió su anillo y ella seguía sin entender. (Sabía que él la amaba). Siguió una farsa trágica que había de preocupar a Kierkegaard hasta el fin de su vida. Durante años analizó, fantaseó y diseccionó sus reacciones con una honradez desgarradora. Cuanto más se torturaba, más profundos se hacían sus

pensamientos. Lo que empezó como la agonía que causa una elección sería con el tiempo la Agonía de la Elección, el dilema que debe encarar toda la humanidad. «¿Qué debo hacer?» se universalizó en «¿Cómo hemos de vivir?».

Kierkegaard contaba ya con los dos temas que generarían su filosofía: su padre y Regina. En el crisol de la neurosis, la obsesión y el sufrimiento, el metal vulgar de sus incapacidades se había de transformar en la esencia de la condición humana.

Después de haber roto definitivamente con Regina. Kierkegaard

huyó a Berlín. Allí permaneció durante un año asistiendo a las clases de filosofía del filósofo romántico-idealista Schelling, que estaba decido a liberar al pensamiento del hechizo de Hegel. Estas clases atraían a una audiencia amplia que incluía a Bakunin (el anarquista ruso), Burckhardt (el primer historiador en interpretar la aportación cultural del Renacimiento) y Engels (una de las mitades —la otra era Marx— del famoso dúo político). Al igual que Kierkegaard, estos genios en ciernes trataban de librarse de la influencia de Hegel, que lo impregnaba todo. (Todos ellos terminarían por rechazarle, aunque

conservaron una influencia duradera suya.)

Kierkegaard se sintió decepcionado. Schelling andaba equivocado: no había entendido que el sistema filosófico de Hegel (y, en verdad, todos los sistemas filosóficos) eran cosa del pasado. Todo sistema edificado sobre principios nacionales (y todos deben serlo) describen sólo los aspectos racionales del mundo. Kierkegaard había ya comprendido —y experimentado hasta el extremo— el hecho de que la subjetividad no es racional.

Cuando Kierkegaard regresó a Copenhague, a finales de 1842, llevaba

consigo un voluminoso manuscrito titulado *O lo uno o lo otro: Un fragmento de la vida*. La referencia autobiográfica del título es evidente, aunque fue publicado bajo seudónimo (o, con mayor precisión, una serie de seudónimos).

La historia de estos seudónimos es tan compleja e inverosímil como una novela policiaca. Se dice que el manuscrito ha sido encontrado en un cajón secreto por su editor Víctor Eremita (nombre con su raíz en la palabra del griego antiguo que significa *solitario* o *proscrito*). Eremita estudió la caligrafía del manuscrito y pensó que

era obra de dos autores, un magistrado de nombre Wilhelm (al que llama B), y un joven amigo suyo sin nombre (llamado A). Las hojas escritas por el juez Wilhelm (B) contienen dos tratados en forma de largas cartas, seguidos de un sermón escrito, según dice el juez Wilhelm, por un oscuro párroco de Jutlandia. El famoso «Diario de un seductor» se encuentra entre las hojas siguientes. En el prefacio, A dice que robó esto de un amigo, Johannes. Esta pretensión es refutada por Víctor Eremita, que sugiere que Johannes el Seductor es probablemente creación de A y que la pretensión de A de ser

simplemente el editor es sólo «un viejo truco de novelista». Víctor Eremita complica aún más el asunto al sugerir, en su prefacio a la obra entera, que su propia figura e editor puede ser un disfraz o similar.

De nuevo se encontraba Kierkegaard en el típico lío que el mismo elaboraba en la agonía de sus indecisiones. Dicho con sencillez, deseaba esconderse detrás de un seudónimo, pero al mismo tiempo quería que fuera obvio que era un seudónimo (o una serie de seudónimos). No quería exponerse como autor de un material tan autobiográfico como el «Diario de un seductor» (todo en él se

refería a su relación con Regina), aunque en su diario queda claro que deseaba trasmitir disimuladamente esta información a Regina, para que supiera la honda agonía por la que había pasado. (Muchos lectores no filosóficos atraídos a esta obra por su título sensacional se sentirán frustrados al leerla. Ni que decir tiene que no se describe en ella ni la menor transgresión sexual.)

Todas estas bobadas aburridas y embarazosas tenían un propósito serio. Kierkegaard quería exponer sus ideas desde distintos puntos de vista, como parte del método dialéctico que impregnaba todo su pensamiento.

Ningún punto de vista particular debía ser aceptado como correcto o autorizado (ni siquiera como propio del autor). El lector había de hacerse su propia composición de lugar con las ideas expresadas, a menudo en conflicto entre sí.

Platón formuló sus ideas como diálogos para así evitar la apariencia de didactismo. Kierkegaard era un solitario y habría sido más apropiada en su caso la «caja china» con los argumentos desgranándose en una sola mente. El fundamento de su filosofía es lo subjetivo.

¿Qué dice, exactamente, en *O lo uno*

o lo otro? Fundamentalmente, Kierkegaard sugiere que hay dos modos de vivir, el estético y el ético; y cada individuo tiene la oportunidad de elegir entre los dos. Aquí están las semillas del existencialismo. Al hacer su elección, el individuo debe aceptar toda la responsabilidad de su acción, que caracterizará su existencia de la manera más fundamental.

Los individuos que eligen el camino estético viven para sí mismos y para su placer, lo cual no significa necesariamente que tengan una actitud vulgar ante la vida. Al buscar nuestro propio placer, casi invariablemente

buscamos también el placer de otros, si pensamos a largo plazo. En realidad, se puede argumentar que el científico que dedica su vida de manera altruista a curar una penosa enfermedad, sacrificando en el proceso placeres personales, domésticos y sociales, está haciendo una vida estética si lo hace porque sencillamente disfruta con la investigación científica En el contexto de la psicología moderna y la sociedad liberal, es difícil pensar en una vida que no sea estética. Cada uno a su manera, extraña o maravillosa, todos buscamos de placer.

La falta de empatía de Kierkegaard

con este punto de vista era la característica de su tiempo y lugar (la Escandinavia piadosa y prefreudiana), pero su análisis es sutil y profundo. Sabía lo que decía, pues había vivido así durante sus días de estudiante y todavía le atormentaba la culpa por lo que todavía quedaba en él de esa actitud.

A un nivel básico, el individuo que vive la vida estética no tiene control de su existencia. Vive para el instante, impulsado por el placer, y su vida puede ser contradictoria, por falta de estabilidad y certeza. A un nivel más calculador, la vida estética permanece

en lo «experimental». Perseguimos un cierto placer sólo mientras nos atrae.

La insuficiencia del punto de vista estético es esencial, porque descansa en el mundo exterior. Lo «espera todo de fuera», y es, por tanto, pasivo y falto de libertad. Se apoya en cosas que, en última instancia, están fuera de su control o de su voluntad, tales como el poder, la posesión o incluso la amistad. Es contingente, depende de lo «accidental». No hay nada necesario en él.

Si comprendemos esto, veremos la insuficiencia de la existencia estética. El individuo que vive la vida estética se

percata, al reflexionar sobre su existencia, que carece de toda certeza o significado, y este descubrimiento conduce frecuentemente a la desesperación. Puede reprimir, o no hacer caso de esta desesperación, o puede incluso olvidarse de ella y vivir una respetable vida burguesa. En otros casos puede llegar a creer que esta desesperación es el significado de su vida y se contentará perversamente con que al menos esto es cierto y es algo de lo que no puede ser despojado. Como el héroe trágico, puede incluso llegar a tomar solaz en que está «destinado por naturaleza» a su estado, enorgullecerse

así de su heroica desesperación y alcanzar un nivel de comprensión apacible. Pero Kierkegaard encuentra enseguida el defecto de este «fatalismo seductor» y es que, al aceptarlo, renunciamos a algo vital, algo central en la noción misma de nuestra existencia Renunciamos hasta a la posibilidad de la libertad. Al aceptar que estamos «destinados» renunciamos a la responsabilidad por nuestro destino individual. No damos cuenta y razón de nuestra vida; somos meros peones en manos del destino. Cómo somos y cómo vivimos no es mérito ni defecto nuestro.

Kierkegaard es experto en detectar

los subterfugios del autoengaño. Los había intentado todos al rechazar las creencias de sus años de estudiante.

El camino de salida de la condición estética pasa por desnudarse de todas las capas de autoengaño. Aunque sea difícil estar de acuerdo con él en su conclusión última (el cristianismo de una guisa espiritual imposible) los pasos intermedios son necesarios, pues, lo que es de la mayor importancia, nos conducen desde un abismo de desesperación a una vida de total responsabilidad por lo que hacemos con ella.

La desesperación que Kierkegaard

describe es una condición honda que prevalece cada vez más en nuestro tiempo. El cuadro de esta desesperación —la forma que toma, las falacias psicológicas tras la que se esconde— eran premoniciones. Su solución es radical. La única respuesta posible consiste en tomar posesión de la existencia y aceptar la responsabilidad. Más que el mensaje cristiano, éste había de ser el aporte de Kierkegaard que tendría mayor influencia; se haría cada vez más importante en el siglo posterior a su muerte, en la medida en que el individuo iba perdiendo su fe en Dios, veía el núcleo de su existencia

amenazado por la psicología determinista, se hundía en la «cultura de masas», era negado por los totalitarismos o se encontraba perdido en medio de las complejidades de la ciencia. Parecía que la única alternativa a la desesperación era la creación de uno mismo por una elección consciente En palabras de Kierkegaard, la única salida del abismo era «querer profunda y sinceramente».

(He venido usando el pronombre masculino «él» al esbozar los argumentos de Kierkegaard, lo cual no indica una limitación (esto es, no son aplicables a sólo la mitad de la raza

humana) sino que obedece a una limitación del idioma. No he elegido «él» en lugar de «ella» por ningún sesgo sexista, sino porque ello refleja la naturaleza profundamente autobiográfica de la filosofía de Kierkegaard; casi siempre ha vivido los estados mentales, argumentos, ansiedades y desesperaciones que describe.)

Veamos ahora la alternativa a la vida estética, o sea, la vida ética. Aquí, la subjetividad es lo «absoluto» y la tarea primordial es «elegirse uno mismo». El individuo que vive la vida ética se crea a sí mismo por su elección, de modo que la autocreación es el objeto de la

existencia. Mientras que el individuo estético se acepta a sí mismo como es, el individuo ético trata de conocerse a sí mismo y modificarse por su propia elección. Le servirá de guía su autoconocimiento y su disposición a no aceptar simplemente lo que descubre sino tratar de mejorarlo.

Ahora es posible ver la diferencia categorial entre lo estético y lo ético: lo primero se ocupa del mundo exterior, lo segundo del interior. El individuo ético trata de conocerse a sí mismo y de hacerse mejor, su fin es llegar a ser un «yo ideal». No está claro por qué habría de hacer esto precisamente, a menos que

admitamos que al conocerse a sí mismo se hará necesariamente más sabio y optará por una vida «superior» que involucre un conjunto de normas éticas.

Lo que sí está claro es que el individuo ético no es ya contingente, inconsistente o accidental, sino que «expresa lo universal en su vida» y entra así en el reino de las categorías fundamentales del bien y el mal, el deber, etcétera. Las razones de Kierkegaard por las cuales el individuo ético pasa del «absoluto» de la subjetividad a un «modo de vida universal» son apenas convincentes. Presupone que reconocemos

automáticamente lo ético como algo superior y que por ello nos atrae. Como dije antes, la psicología del siglo veinte duda de lo primero y lo segundo conlleva la falacia moralista más vieja de todas, esto es, que cuando conocemos el bien sentimos que debemos hacerlo.

La distinción que hace Kierkegaard de lo estético y lo ético está bastante clara. Uno es «exterior», contingente, inconsistente y lleva a la disipación; el otro es «interior», necesario, consistente y autocreador. Resulta convincente, salvo por un defecto: no podemos vivir una vida exclusivamente ética; siempre habrá un elemento «exterior» y

accidental en nuestra vida. Aún cuando hayamos elegido lo ético, permanecerá necesariamente una parte de lo estético.

Esta situación insatisfactoria de lo ético produce, por un proceso dialéctico, un tercer punto de vista que es la síntesis de los dos opuestos anteriores: lo estético y lo ético. A éste lo llama Kierkegaard lo religioso y se ocupa de ello en su siguiente obra, *Temor y temblor*, escrita bajo el seudónimo de Johannes de Silentio.

Kierkegaard examina en esta obra la noción de fe y la caracteriza como el acto subjetivo último. Es irracional, un «salto» fuera de toda posible

justificación. No tiene nada que ver con la ética o la buena conducta. La vida ética, con sus ideas de autocreación y elección responsable, es incapaz de producir el salto de la fe. Esta «irracionalidad más elevada» está más allá de lo ético, al requerir este una conducta racional. La fe relaciona al individuo con algo más alto, que es en sí mismo la esencia de todo lo ético. Según Kierkegaard, la vida ética se ocupa de la religión sólo en el sentido social, pero para acceder al estado religioso es preciso una «suspensión teleológica de lo ético». En otras palabras, es necesario poner en suspenso las normas

éticas para poder trascenderlas y cumplir un propósito más profundo.

Kierkegaard nos dice que se puede ver lo religioso como una síntesis dialéctica de lo estético y lo ético. Incluye tanto la vida exterior como la interior, certeza e incertidumbre (puesto que el salto de la fe se encuentra más allá de toda certeza).

Kierkegaard ilustra el estado religioso por medio de la historia bíblica de Abraham e Isaac. Dios ordena a Abraham que sacrifique a su hijo Isaac para probar su fe. Un acto así sólo puede ser visto como éticamente erróneo, pero la fe verdadera (la propia

del estado religioso) envuelve un propósito divino que reemplaza todo requisito meramente ético.

Abraham se dispone a seguir el mandato de Dios dejando de lado todo escrúpulo y vive así en el nivel religioso, más elevado que el ético, porque deposita su fe en la divinidad de la que se origina lo ético.

Muchos verán en esta actitud una locura peligrosa. Los fanáticos religiosos se han comportado de esta manera a lo largo de la historia. *Führers* y tiranos han obedecido dictados psicológicos similares. La psicología es la clave de este problema y la única

defensa de Kierkegaard es que él se ocupa de un diálogo del alma y no de un acto público. Si se mira a Abraham e Isaac como partes distintas de una misma persona, todo aparece no solo más claro sino plausible. El sacrificio es necesario, si queremos conseguir algo. Este sacrificio suele ser irracional y puede entrar en conflicto con nuestras nociones previas de lo que es correcto y lo que no lo es. A menudo descubrimos subjetivamente nuestro propósito en la vida por medio de un salto irracional de fe que no tiene nada que ver con lo ético. Kierkegaard relaciona esto con lo religioso pero es también la manera

como todo el mundo da propósito a su vida, «creyendo en sí mismo» para lo que sea, desde ser artista hasta futuro primer ministro o consumado comediante. Como dice Kierkegaard, «una vida de poeta comienza en conflicto con toda la existencia».

Kierkegaard se detiene en la historia de Abraham e Isaac y es fácil ver por qué. Se oyen de nuevo los ecos de su ruptura con Regina; si bien pudiera parecer «incorrecta» en el sentido ético, a los ojos de Kierkegaard era necesaria, si había de seguir una vida religiosa. También están presentes oscuros ecos de la relación con su padre. Dios detuvo la

mano de Abraham en el último momento e Isaac no fue sacrificado. El padre dominante había llevado a Kierkegaard hasta el borde de la extinción espiritual, pero murió a tiempo de que su hijo pudiera «llegar a ser algo».

Hacia sus treinta años, Kierkegaard dedicada a su vida casi por entero a escribir. Ya no veía a sus amigos de estudiante y vivía una existencia solitaria. Salía sólo para dar largos paseos por las calles de Copenhague, llamando la atención por su aspecto cada vez más estrafalario. Delgado, cargado de espaldas y con un sombrero de copa, llevaba pantalones estrechos,

invariablemente con una pierna más corta que la otra. Siempre había parecido mayor para su edad y ahora ya semejaba un hombre de mediana edad. A veces se detenía para hablar con los niños; les hacía pequeños regalos y ellos se divertían cautelosamente con el humor travieso de este extraño personaje viejo-joven.

Los fines de semana Kierkegaard alquilaba un coche e iba a los jardines de la ciudad o al campo. Cuidaba de su rango de hijo de uno de los comerciantes ricos de la ciudad. Pero la familia Olsen estaba furiosa por su comportamiento con su hija Regina y, como resultado, la

buena sociedad le hacía el vacío.

Los domingos iba a la iglesia. Frecuentemente veía a Regina entre los otros miembros de la congregación. Y ella lo veía. No se hablaban, pero estaban muy conscientes el uno del otro. A pesar de que la había herido profundamente (y él se había herido a sí mismo más) quedaba una unión escondida entre ellos. Con toda su honestidad e introspección, Kierkegaard seguía siendo curiosamente proclive al engaño. No podía evitar el esperar que, algún día, de alguna forma, él y Regina volverían a estar unidos, es de suponer que por un lazo espiritual. Sabía que era

imposible, pero no podía evitar anhelar lo imposible. Le preocupaba constantemente el análisis de su relación y esto contribuiría a su autoconocimiento, cada vez más profundo. Demasiado bien sabía de los subterfugios interminables que la mente se inflige a sí misma. Lo que había comenzado como un fracaso muy personal por su insuficiencia le había conducido a ver las insuficiencias universales de la naturaleza humana. La subjetividad era imposible, y sin embargo tenía que ser vivida.

Mientras tanto, continuaba escribiendo obsesivamente. Durante los

dos años siguientes (1844-1846) publicó media docena de libros bajo varios seudónimos entre ellos, Johannes Climacus (Juan el trepador) Vigilio Haufniensis (Vigilante del estercolero) Hilarious Bookbinder (por desgracia poca risas en esto), y Frater Taciturnus (extraño nombre para un autor con logorrea). Tal y como esperaba, los *literati* de Copenhague conocían ya la verdadera identidad de este silenciosamente chistoso trepador de estercolero.

Las ideas de Kierkegaard se desarrollaban a un ritmo similar al de su producción literaria. Su análisis de la

idea de existencia habría de ser crucial en la evolución posterior del existencialismo. Para Kierkegaard la existencia es un «sordo». (En matemáticas un número sordo es aquel que no se puede expresar como un número racional, como pi). Esto es, la existencia es lo que queda después de que se quita todo lo que se puede analizar. Simplemente, está «ahí». (Kierkegaard la comparaba a una rana que descubres en el fondo de tu jarra después de que te has bebido la cerveza.)

Pero cuando examinamos nuestra existencia vemos que es algo más que un

simple estar «ahí». Tiene que ser vivida. Tiene que ser convertida en acción por medio del «pensamiento subjetivo». Éste es el elemento esencial de la subjetividad y conduce a la verdad subjetiva. Vemos ahora qué quiere decir Kierkegaard cuando afirma que la «subjetividad es verdad».

Hay dos especies de verdad para Kierkegaard. La verdad objetiva, como las de la historia o la ciencia, que se refieren al mundo exterior y pueden ser verificadas por referencia a criterios externos. Con otras palabras, la verdad objetiva depende de *lo que* se dice. La verdad subjetiva, por el contrario,

depende de *cómo* se dice algo.

A diferencia con la verdad objetiva, la verdad subjetiva no tiene criterios objetivos. Kierkegaard da el ejemplo de dos hombres en una plegar plegaria. Uno reza al «concepto verdadero de Dios» (el cristiano para Kierkegaard) pero lo hace con un «espíritu falso». El segundo es un pagano y reza a su ídolo primitivo, pero con una «pasión entera por el infinito». Para Kierkegaard el segundo hombre es el que tiene la mayor verdad subjetiva, porque reza «en verdad». La noción de verdad subjetiva en Kierkegaard es similar a la de sinceridad, sólo que más intensa.

Involucra un compromiso interior apasionado.

Las verdades subjetivas son las más importantes para Kierkegaard, porque son fundamentales a nuestra existencia. Como hemos visto, no se refieren a ningún criterio objetivo sino a lo «sordo» que queda cuando se han analizado todo los criterios objetivos. La verdad subjetiva concierne al fundamento mismo de los valores, no tanto en lo que tengan de «correctos» sino por la naturaleza de nuestro compromiso con ellos.

Según esto, ninguna moral puede tener origen en un hecho objetivo. Es

curioso que Kierkegaard coincida con el ateo y escéptico filósofo escocés del siglo XVIII David Hume. Según Hume, sólo podemos conocer lo que proviene de la experiencia de los llamados hechos; de estos hechos no podemos derivar una moral. Sólo porque la sobriedad conduce hacia una conducta consistente no podemos decir que debiéramos ser sobrios. Ambos, Kierkegaard y Hume, están de acuerdo en que no podemos deducir un «deber ser» de un «es». (Este procedimiento que intenta hacer de la ética parte de la filosofía se conoce hoy en día por la Falacia Naturalista).

La creencia de Kierkegaard en la superioridad de la verdad subjetiva (sobre la objetiva) hizo que pusiera en duda la visión de Hume respecto de la primacía del hecho. Kierkegaard tiene razón en pensar que los hechos mismos pueden ser determinados por nuestra actitud. En gran medida, los valores determinan los hechos. Enfrentados a la misma realidad, el cristiano y el hedonista ven hechos distintos. (Por ejemplo, si ambos visitar un burdel o un retiro espiritual.) Todo individuo es, hasta cierto punto, el creador de su propio mundo y crea su mundo en función de los valores que profesa.

No es difícil ver en este modo de pensar la simiente del relativismo del tiempo presente, con su rechazo a la idea de verdad objetiva. Kierkegaard anticipa también la fenomenología del siglo veinte, que ve todo hecho de conciencia como «intencional», es decir, la conciencia tiene siempre un objeto. Vemos el mundo como lo vemos porque así es cómo intentamos verlo. La aparente banalidad de la observación de Wittgenstein: «El mundo del hombre feliz es distinto del mundo del hombre desgraciado», adquiere profundidad cuando se ve que se está refiriendo al ejercicio de la voluntad. Kierkegaard

observó que el individuo ve el mundo que quiere ver y que esto depende de los valores que ha escogido previamente, los valores con los que vive, *los que hacen de él lo que es*. Los valores que hacen del individuo lo que es, hacen también del mundo lo que es.

El punto de vista fenomenológico, válido para el científico, presenta inconvenientes serios para el historiador, el principal de los cuales es el peligro del solipsismo (que sólo yo existo, que el mundo está ahí para mí). Kierkegaard sostiene que yo soy responsable de mi mundo, del mundo en el que habito. El existencialista Jean

Paul Sartre llevó este punto hasta sus límites lógicos en el siglo veinte; cuando estaba sirviendo de soldado en el ejército francés en 1940, pensó qué tenía que admitir que la Guerra Mundial era responsabilidad suya. Tan sublime egoísmo (sólo pensable en un verdadero intelectual) puede ser un excelente tónico moral, pero no se puede decir que conduzca a una visión útil del mundo.

Pero éste era justamente el tónico moral que Kierkegaard andaba buscando en su intento de hacer la existencia lo más intensa posible. Sólo así podremos verla como es, para qué es, qué puede ser.

La existencia es un riesgo colosal. No podemos saber nunca si el camino que escogemos es el correcto. Todo el que se dé cuenta de esto de verdad, que esté siempre consciente de ello, debe necesariamente sentir angustia, según Kierkegaard, pues las verdades subjetivas no se apoyan en evidencias objetivas y están fundadas en la nada. Literalmente. Así nos encontramos con la nada de la existencia, la total incertidumbre que hay en su corazón. La vida es esencialmente evasiva y se vive tanteando.

La propia conciencia es una contradicción. Es la intersección entre la

realidad y la posibilidad, el punto de encuentro de lo que es con lo que no es. (Como dice Kierkegaard, «la vida se comprende hacia atrás, pero se vive hacia delante»). La conciencia está en oposición consigo misma. Es «doblez».

Kierkegaard hizo notar que las palabras doble y duda tienen la misma raíz. (Vienen de «dúo», la duda significa dos posibilidades.) La conciencia es una forma de duda; aquí compite con Descartes, el filósofo que puso todo en duda todo salvo el hecho de que estaba dudando, de que estaba, por tanto, pensando. Pero Kierkegaard mostró que la conciencia (o pensamiento

consciente), lejos de ser cierta, es en sí misma una forma de duda. ¿Cómo? Porque en la conciencia dudamos de la propia existencia.

¿Es este un caso más de la serpiente que se muerde la cola? Topamos aquí con terreno resbaladizo; los pocos conceptos que tenemos se hacen aún más escurridizos. Por ejemplo: muy bien, la conciencia está abierta a la duda, pero ¿puede algo que no existe hacer nada en absoluto, y, menos aún, dudar de sí misma? Los defensores de Kierkegaard argumentan que él no dice que la conciencia no exista, sino que simplemente duda de su existencia. Éste

es un punto vital. Lo que Kierkegaard dice es que es posible «dudar de la conciencia hasta hacerla pedazos»; vuelve al escepticismo de Hume y ve que es posible cuestionar la continuidad de la conciencia. No tenemos experiencia de la continuidad de un momento al siguiente. Todo lo que experimentamos es el instante, el presente.

La conciencia es totalmente precaria. Cuando nos percatamos de esto, la existencia se hace aún más arriesgada, lo que se acentúa cuando pensamos que podemos morir en cualquier momento (hecho que

aprendemos de la experiencia y de la ausencia de continuidad en la conciencia). Simultáneamente hemos de pensar en la completa libertad que tenemos en cada instante. Podemos elegir cualquier cosa y transformar completamente nuestra vida. En cada instante nos enfrentamos a una libertad total. Esta es nuestra verdadera situación. Y, como resultado, cuando pensamos en la realidad de nuestra situación experimentamos la «angustia».

Kierkegaard escribió todo un libro sobre *El concepto de la angustia*. A menudo se traduce este concepto por «ansiedad» o «temor», pero su mejor

expresión la da la palabra alemana angst.

El concepto de la angustia es uno de los libros prefreudianos sobre psicología más profundos. En él Kierkegaard distingue entre dos tipos diferentes de angustia. La primera es la que experimentamos cuando nos amenaza algo externo (como el rugido de un león). El segundo tipo de angustia resulta de la experiencia interna, la confrontación con las ilimitadas posibilidades de la libertad. Cuando nos damos cuenta de esta libertad, entendemos su enormidad y su irracionalidad. (Como dice

Kierkegaard, es imposible demostrar la libertad, porque la prueba involucraría la necesidad lógica, que es lo opuesto de la libertad.)

La libertad no tiene nada que ver con la filosofía, es asunto de la psicología y depende de nuestro estado mental o de nuestra actitud. Es nuestro estado mental el que nos hace comprender la libertad y la comprendemos a total cabalidad cuando experimentamos el estado mental denominado angustia. En este sentido, el individuo no existe en absoluto como «ser», sino que existe solo en un constante estado de «devenir». La angustia que esto produce es el terror

que yace en el centro de toda normalidad. Darse cuenta de esto nos lleva a la locura y, según Kierkegaard, la única salida es el salto, igualmente irracional, de la fe. El individuo se «salva» de la locura y la desintegración porque su interioridad subjetiva está relacionada con Dios. (Otros prefieren quizás evadirse de esta situación por una «creencia» en la ilusión de la realidad cotidiana, donde la libertad trastornadora se ve astutamente disfrazada por las exigencias de la normalidad.)

¿Es el saber de nuestra libertad esencial suficiente realmente para

despertar en nosotros el terrible sentimiento de angustia? ¿O sólo son los genios cómo Kierkegaard y Kafka los capaces de vivir en un constante estado de angustia ante las posibilidades de su existencia? Quizás, pero las mediocridades como nosotros —la mayoría sana— pueden también experimentar la angustia. Al caminar por el borde de un acantilado experimentamos el temor a caer y el vértigo del abismo, pero una parte de este sentimiento se debe al curioso impulso que parece a la vez atraernos hacia el límite y repelernos de él. Según Kierkegaard, esto es debido a que

sabemos que podríamos lanzarnos al vacío y que tememos esta libertad que está a nuestro alcance. Aquí también tenemos la experiencia de la angustia: la locura y el terror que subyacen a nuestra normalidad.

Para 1844 Kierkegaard había terminado *El concepto de la angustia* y un libro breve titulado *Fragmentos filosóficos*. A esto había añadido un largo epílogo de seiscientas páginas con el título de *Postescritos incientíficos a los Fragmentos Filosóficos: Una composición mímico-patético-dialéctica, una contribución existencial* (escrito por Johannes Climacus, pero

publicado por S. Kierkegaard). En él aparece por primera vez la palabra *existencialista* en su forma danesa como *Existensforhold* («condición de existencia, relación existencial»). Kierkegaard ya había escrito más de medio millón de palabras en los cinco años anteriores y no es de extrañar que tuviera dificultades en encontrar que decir.

Así que, de acuerdo con su filosofía, se decidió actuar, a crearse a sí mismo por medio de una elección importante, y su acción fue típicamente perversa. Varias de sus obras con seudónimos habían recibido críticas moderadamente

favorables en la revista *Corsario*. Este era el panfleto satírico y escandaloso de Copenhague, famoso por sus ataques injuriosos a las personalidades locales. Kierkegaard eligió provocar a *Corsario* publicando una carta maliciosa en la que atacaba a la revista («uno se siente insultado al ser alabado en semejante periódico») y revelaba la identidad de sus editores anónimos (haciendo que uno de ellos perdieron la oportunidad de ser profesor.)

El resultado era predecible. Durante varios meses, en cada número de *Corsario* hubo artículos que atacaban a Kierkegaard y a sus seudónimos. Se

caricaturizaba su aspecto, se ridiculizaba su forma de vestir y se hablaba en tono desdeñoso de sus ideas. Ya antes se había hecho notar Kierkegaard como un personaje extraño, un escritor con talento intelectual que se había «convertido» y recluido tras un asunto amoroso desafortunado. Se le miraba en las calles como una curiosidad, pero no llamaba mucho la atención en lo demás. Todo eso cambió entonces. De resultas del persistente flujo de artículos y dibujos en *Cosario*, el joven-viejo de andares de cangrejo, de los pantalones de perneras desiguales, siempre con su paraguas,

flaco y encorvado, se convirtió en objeto de risa. Golfillos y chiquillos corrían a su lado. Dependientes y gente respetable se reían abiertamente al verle pasar.

Puede imaginarse como esto le hacía sufrir a Kierkegaard, teniendo como tenía un carácter sensible. Pero el caso es que se lo había buscado a sabiendas. («Uno paga a *Corsario* para que cometa abusos igual que uno paga a un organillero para que toque música».) Entonces, ¿por qué lo hizo? La respuesta está lejos de ser sencilla, como puede esperarse de un personaje tan complicado. No hay duda de que era una

manifestación del mismo complejo de mártir que le había llevado a meterse con chicos mayores en la escuela y tampoco de que algo tenía que ver el desinterés público por su obra. Kierkegaard contaba ya treinta y tres años y apenas si era conocido como escritor, así que, si no podía ser famoso sería al menos notorio.

Por debajo de esta contradicción egoísta, Kierkegaard tenía un propósito más sincero y serio (aunque no desprovisto de egoísmo y contradicción). Deseaba ser ultrajado por sus conciudadanos para hacerse mejor. Los usaría para ser mejor

cristiano. Puesto que deseaba vivir la vida del espíritu, este era el modo de adquirir el valor necesario. (Sus aspiraciones anteriores, más modestas, habían sido parcialmente inconscientes, pero esta ciertamente no lo era.) Y había además, por supuesto, una razón que subyacía a todas las demás. En palabras del único pensado religioso de calibre igual al suyo (Pascal): «El corazón tiene razones que la razón desconoce». La razón del corazón de Kierkegaard era Regina. Deseaba llamar su atención, mostrarle cuanto estaba sufriendo.

Pero si su intención era la de cautivar a Regina, evidentemente

fracasó. Por entonces selló ella su compromiso con otro y un año después se casó. Esto hirió profundamente a Kierkegaard, si bien no lo demostró. Lo que sí mostró fue un prematuro envejecimiento. Años intensos de sufrimiento, ascetismo, soledad y constantes fuerza mental empezaban a pasar factura. Y a pesar de su conocimiento cada vez más profundo de la condición humana, continuaba aferrándose a una ilusión imposible y soñaba que algún día, de algún modo, se reuniría con Regina. Todavía se miraban desde lejos en la iglesia los domingos.

Kierkegaard tuvo una experiencia

religiosa en abril de 1848. «Todo mi ser ha cambiado», escribió en su diario. Sólo su amor a Dios debía protegerle de su excesiva introversión. De ahora en adelante predicará la palabra de Dios directamente, sin esconderse en seudónimos y así lo hizo en otra riada de libros, media docena en los tres años siguientes.

La idea que Kierkegaard se hacía de la religión era una auténtica locura, propia sólo de santos y misántropos. Según él, «toda la existencia humana se opone a Dios». En el núcleo de la región de Kierkegaard (y también en el centro de su psicología) está la idea de caída,

la pérdida de la gracia en el paraíso, el egoísmo y su manifestación principal, el sexo. Como siempre, la culpa es de las mujeres, que resultan bastante mal paradas. «La mujer es el egoísmo personificado… Toda la historia del hombre y la mujer es una inmensa intriga construida sutilmente, o bien es un truco con el fin de destruir el espíritu del hombre». La única respuesta es el celibato, a escala universal. La voluntad de Dios se cumplirá solo cuando toda la raza humana haya desaparecido.

Sorprendentemente, en medio de todas estas tonterías, Kierkegaard continuó produciendo pensamientos de

valor. Se lanzó de nuevo contra su bestia negra filosófica Hegel, con una crítica devastadora que intenta demostrar lo fraudulento del hegelianismo y la insuficiencia patética de su pretensión de explicar la existencia. Kierkegaard insistía en que es imposible comprender intelectualmente la existencia simplemente construyendo un vasto sistema alrededor. Tan pronto como se identifica la existencia con el pensamiento racional no hay lugar para la fe.

En *Enfermedad y muerte* analiza Kierkegaard la desesperación y concluye que es el fracaso en «querer

ser lo que uno verdaderamente es». Pisa aquí un terreno peligroso, por cuanto que contradice su anterior idea de que el yo no existe como ser sino como devenir, y ahora está presuponiendo el «yo que uno verdaderamente es». Pero, ¿hay un «yo auténtico» o, al menos, un solo «yo potencial» para cada individuo? Este asunto es fundamental. Hay una diferencia categórica entre usar las varias potencialidades de uno (que puede ser contradictorias, o incluso, mutuamente excluyentes) y buscar un hipotético «yo auténtico». La mayoría de los individuos se enfrentan, desde el comienzo, con una variedad de

alternativas de vida, cada una de las cuales pueden permitirles «ser fieles a sí mismos», esto, cumplir alguna o muchas de sus potencialidades. No es posible cumplirlas todas. (Albert Schweitzer fue un músico de buen nivel profesional pero eligió dedicar sus energías al trabajo misionero. ¿Cuál era su «yo auténtico»?). En muchas de estas invitaciones a que «lleguemos a ser nosotros mismos» hay una agenda escondida si el «yo auténtico» está ya fijado.

¿Y si no está fijado? ¿Es posible aún hablar de «descubrir» el yo auténtico? No: descubrir implica algo que ya está

ahí, aunque no sea todavía conocido. El mejor argumento contra el «descubrimiento de uno mismo» es uno que utilizó el mismo Kierkegaard cuando habló de utilizar la elección para crearse a uno mismo; esta es la auténtica libertad (la que produce angst) sobre la que Kierkegaard insiste en otro lugar.

Pero volvamos a la desesperación. Para Kierkegaard, la desesperación inconsciente resulta cuando un individuo se identifica con algo externo a él. Esto puede ser trivial (casarse con Madonna) o la ambición más elevada (desear ser el próximo Einstein). En ambos casos queda el individuo a merced el destino:

es otro el próximo Einstein y la proposición de matrimonio es rechazada sin piedad. Como no consigue el yo que ambiciona, el individuo no puede soportarse a sí mismo, de lo que resulta un vacío interior acompañado de un deseo inconsciente de estar muerto.

La desesperación consciente sabe de sí misma. Esto ocurre de dos maneras. La noción falsa de desesperación consciente sucede cuando un individuo sabe que desespera pero supone que otros no lo saben. («Nadie sabe cómo me siento».) Esto le causa una desesperación aún mayor. La noción verdadera de desesperación consciente

hace ver que la desesperación es de hecho parte de la condición humana y, como tal, parte de cada yo. La única salida a la desesperación es «elegir su propio yo» y dar el salto de la fe. Así revela Kierkegaard su agenda escondida: el único «yo auténtico» es el creyente

Kierkegaard comenzó sus cuarenta años escribiendo furiosamente. Representaba más edad y su dinero se está acabando; necesitaba encontrar un trabajo pero sólo podía aspirar al de pastor. Algo en él se resistía con asco ante la perspectiva, a pesar de que parecía haberlo aceptado hasta cierto

punto. Por principio, le contrariaba tener que ganarse la vida con la religión y, además, su idea del cristianismo no era compartida por la iglesia de Dinamarca. (Una iglesia que permitía a los pastores casarse no iba a predicar el celibato universal.)

Kierkegaard pensó que había llegado el momento de desenmascarar la farsa del cristianismo que predicaba la iglesia de Dinamarca. Sin parar mientes en que sus fondos iban menguando, lanzó una revista llamada *El momento* (editor y único colaborador, S. Kierkegaard). Atacó en él a la iglesia tildándola de «máquina», y llamando hipócrita

mundano a uno de los obispos más respetados (para colmo era hegeliano.) Llegó a sugerir en un número que si se descubriera que Cristo no había existido, la Iglesia seguiría como antes y pocos serían los pastores que renunciarían a su buena vida.

Esto produjo gran escándalo, como era de esperar. Ya no había ninguna posibilidad de que Kierkegaard perdiera su libertad; ni pensar en un empleo de pastor. Era, en cierto modo, el incidente con *Corsario* repetido. Kierkegaard conseguía fama y la atención general (sus artículos fueron traducidos al sueco y la controversia causó furor en

Escandinavia). El mundo le daba lo que él creía era su merecido, consciente o inconscientemente. Pero esta era la única fama que estaba dispuesto a aceptar, la notoriedad y la execración. Es fácil ver en todo esto un eco del joven Kierkegaard padre maldiciendo a Dios desde la colina de Jutlandia y que, por supuesto, atrajo de nuevo sobre él la atención de Regina.

El marido de Regina acababa de ser nombrado gobernador de las Indias Occidentales danesas, tres diminutas islas caribeñas. Es casi seguro que Kierkegaard supo esto, aunque sólo se pueden hacer conjeturas sobre si influyó

en la aparición de *El momento*. La mañana de su partida hacia las Indias Occidentales, en abril de 1855, Regina se las ingenió para encontrase con Kierkegaard en la calle. Le dijo suavemente, «Que Dios te bendiga y que todo te vaya bien». Kierkegaard alzó su sombrero, «intercambio saludos cortésmente», y cada uno continuó por su lado. Era la primera vez que hablaban desde la ruptura de su compromiso catorce años antes y sería la última vez que se verían.

Su creciente debilidad y el esfuerzo de su campaña contra la Iglesia repercutieron en la salud de

Kierkegaard. Siete meses después de la partida de Regina, Kierkegaard sufrió un colapso en la calle y fue llevado al hospital. Había usado su último dinero para pagar al impresor la siguiente edición de *El momento*. Débil y desesperado (conocía muy bien la topografía de la desesperación), perdió las ganas de vivir. Pero nunca perdió la fe. Los que le vieron notaron los ojos radiantes que daban vida a su rostro demacrado y sereno. Murió un mes después, el 11 de noviembre de 1855. En su testamento dejó sus escasas pertenencias a Regina.

El funeral de Kierkegaard atrajo una

muchedumbre que no se esperaba, con estudiantes disputando por llevar el féretro. Tal y como Kierkegaard habría deseado, un escandaloso incidente tuvo lugar en el cementerio: un grupo protestó contra la hipocresía de la Iglesia que reclamaba a Kierkegaard como suyo al darle tierra en campo sagrado. Alguien leyó un virulento pasaje de *El momento*. Se produjo un clamor…

Epílogo

Kirkegaard fue pronto olvidado. Hubo que esperar hasta comienzos del siglo veinte para que se extendiera el interés por su obra. Sus ideas tuvieron influencia en Alemania, donde fueron consideradas como una forma paralela al nuevo psicoanálisis freudiano que estaba naciendo.

Las ideas de Kierkegaard fueron desarrolladas por Husserl, el fundador

de la fenomenología, que intentó (sin éxito) hacer del análisis filosófico de la conciencia una ciencia racional. Como suele suceder con los fracasos filosóficos, este intento resultó ser estimulante y fructífero filosóficamente. Heidegger, discípulo y compatriota de Husserl, y cuya influencia sobre pensamiento europeo del siglo veinte es capital (a pesar de la desgracia personal de comprometerse con el nazismo) llevó las ideas de Kierkegaard a un nivel superior.

Muchos se referían a esta nueva filosofía como existencialismo y se tenía a Kierkegaard por su fundador. El

existencialismo es el único intento de Occidente hacia una filosofía irracional. Nadie cuestiona su éxito en cuanto tal, sólo si es en absoluto posible. A diferencia con las filosofías razonables del pasado o del presente, el existencialismo es puramente subjetivo. Parecería que esto haría difícil argüir con los existencialistas, pero el caso es que se han hecho famosos por las discusiones de unos con otros. Como en Kierkegaard, el ser (la existencia) precede al conocimiento (la racionalidad). Sartre elevaría esta filosofía a su cénit (o nadir); pasó gran parte de su existencia estudiando su

existencia en los cafés de la Orilla Izquierda.

El nombre de *existencialismo* tiene una historia curiosa. Después de haber sido inadvertidamente inventada la palabra por Kierkegaard, fue olvidada y más tarde revivida por los alemanes, para ser después rechazada. Tanto Husserl como Heidegger rehusaron ser llamados existencialistas, basándose en que ello limitada o trivializaba el alcance de su filosofía. Sartre, a quien, no importaba que su filosofía fuera limitada o trivial, fue el primero en llamarse a sí mismo existencialista, en los primeros años cuarenta. Al finalizar

la década se había hecho famoso mundialmente y el apelativo se hizo virtualmente sinónimo con su propio nombre Sartre reconoció que Kierkegaard había desempeñado un papel en el desarrollo inicial del existencialismo pero insistió en que su existencialismo no tenía nada que ver con el de Kierkegaard. Esto es injusto, pero así es como Kierkegaard lo habría preferido. La promiscuidad y el ateísmo de Sartre, importante en su vida filosófica, no podían ser parte de la filosofía de Kierkegaard.

De los escritos de Kierkegaard

La primera cosa que debes comprender es que no comprendes.

—Diarios.

Desde que nacemos salimos a navegar con órdenes selladas.

—Diarios.

Cuanto más es capaz un hombre de olvidar, mayor número de transformaciones puede experimentar en su vida; cuanto más recuerda, más divina deviene su vida.

—Diarios, 429.

Cuando yo muera nadie, podrá descubrir entre mis papeles una nota con la clave de mi vida (esto es un consuelo para mí). Nadie encontrará las palabras que lo explican todo y que a menudo hacen que lo que para el mundo es una fruslería sea para mí un acontecimiento

de tremenda significación, o algo que yo considere de la menor importancia una vez que lo he despojado de su brillo protector.

—Diarios, 431

El propósito de mi vida parece ser el expresar la verdad tal y como la descubro, pero de tal manera que quede desprovista de toda autoridad. Al no tener ninguna autoridad, al ser visto por todos como alguien no de fiar, expreso la verdad y coloco a cada uno en una posición contradictoria en la que sólo se salvarán los que hagan de verdad algo

propio.

—Diarios 432

A cada paso que avanza, la filosofía se desprende de una piel. Estas pieles son ocupadas inmediatamente por parásitos inútiles.

—Diarios

Hegel habría sido, definitivamente, el más grande pensador de todos los tiempos si hubiera completado su lógica y dicho en el prefacio que todo era simplemente un experimento del pensar

y que había hecho una serie de hipótesis injustificadas. Tal como es, Hegel no es más que un chiste.

—Diarios

Si consideramos el problema de la verdad de una manera objetiva, nuestro pensamiento se dirige objetivamente hacia la verdad y ésta es un objeto con el que se relaciona el pensador. Sin embargo, nuestro pensamiento no se concentra en la relación sino en la cuestión de si es la verdad aquello con lo que se relaciona el pensador. Si el objeto con el que se relaciona la verdad,

se dice que se conoce la verdad. Cuando consideramos la verdad de una manera subjetiva, el pensamiento se concentra subjetivamente en la naturaleza de nuestra relación (i.e., no aquello con lo cual se relaciona). Si esta relación misma es verdadera, conocemos subjetivamente la verdad, incluso cuando el objeto de esta relación no es verdadero.

—Postescritos incientíficos

Subjetividad, espiritualidad interior —ésta es mi tesis.

—Postescritos incientíficos

La filosofía tiene razón cuando sostiene que la vida debe comprenderse hacia atrás. Pero uno se olvida del otro principio, que debe ser vivida hacia delante. Cuando se analiza este último principio, se llega inevitablemente a la conclusión de que la vida no puede nunca ser adecuadamente en el tiempo, porque ningún momento vivido adquiere la quietud necesaria para orientarse hacia atrás.

—Aforismos

Lo cómico es siempre un signo de

madurez. Pero es vital que una nueva emoción esté pronta a brotar por debajo, y la pura fuerza de la comedia no debe apagar este patos que crece. Debe más bien servir para indicar que un nuevo patos comienza.

—Postescritos incientificos

Humanidad:

Todos esos seres humanos excepcionales, pocos y dispersos en los siglos, cada uno en su momento, han expresado un juicio sobre «la humanidad». Según uno, el hombre es un animal. Según otros, es un hipócrita. Para un tercero es un embustero. Y así

sucesivamente.

Quizá no estoy muy lejos de la diana cuando digo: es un charlatán y, a ello le impulsa el don de la palabra. Todos participan de lo más alto por medio de la palabra. Pero participar en lo más alto por medio de la palabra, y hacerlo diciendo tonterías es parodia semejante a participar en un banquete real porque se está de espectador en la galería. Si yo fuera pagano diría: una deidad irónica dio a la humanidad el don de la palabra con el fin de divertirse observando tal engaño.

Naturalmente, desde el punto de vista cristiano, Dios concedió a la

humanidad el don de la palabra por amor, para hacerles posible a todos llegar a la comprensión real de lo más alto. ¡Oh, con qué pena debe observar Dios el resultado!

—Diarios, 1383

Si las ciencias hubieran estado tan desarrolladas en tiempos de Sócrates como lo están ahora, los sofistas y los profesores de filosofía habrían sido científicos. Habrían colocado microscopios a la puerta para atraer negocio y habrían puesto carteles que dirían: «Aprended y ved a través del

microscopio como la humanidad piensa». (Al leer este anuncio, Sócrates había observado: «Así es justamente como se comportan los hombres que no piensan».)

—Aforismos

La fe es un absurdo. Su objeto es de lo más improbable, irracional y fuera del alcance de cualquier argumento… Supongamos que alguien decide que quiere tener fe. Sigamos esta comedia. Quiere tener fe pero, al mismo tiempo, quiere está seguro de que está dando un paso correcto, así que se propone una

investigación objetiva sobre la probabilidad de que esté en lo correcto. ¿Qué sucede? Por medio de esa investigación objetiva sobre la probabilidad, el absurdo deviene en algo distinto: se vuelve probable, se vuelve cada vez más probable, extremadamente probable, totalmente probable. Esta persona está ya lista para creer, y se dice a sí misma que no cree de la misma manera que los hombres corrientes, como zapateros y sastres, sino que cree después de haber pensado todo el asunto adecuadamente y comprendido su probabilidad. Ahora sí está listo para creer. Pero he aquí que en

este instante le resulta imposible creer. Algo que es casi probable, o probable, o extremada y totalmente probable es algo que puede casi conocer o prácticamente conocer, o extremada y totalmente conocer, pero en lo que es imposible creer. Pues el absurdo es el objeto de la fe, y el único objeto que puede ser creído.

—Postescritos incientificos

La raza humana cesó de creer en Dios. Y llegó su castigo: empezó a sentir temor de ella misma, empezó a anhelar lo fantasmagórico, y ahora tiembla ante

esta criatura de su propia imaginación.

—Aforismos

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a.C.

Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.

Final del siglo VI a.C.

Muerte de Pitágoras.

399 a.C.
Sócrates es condenado a muerte en Atenas.

c387 a.C.
Platón funda en Atenas la Academia, la primera Universidad.

335 a.C.
Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.

324 a.C.
El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio Romano.

400 d.C.
San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.

410 d.C.
Los visigodos saquean Roma, anunciando así el comienzo de la Edad Media.

529 d.C.
El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.

Mitad del siglo XIII
Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la Escolástica.

1453
Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio Bizantino.

1492
Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la sabiduría griega.

1543

Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las Revoluciones de los Cuerpos Celestes)* donde prueba matemáticamente que la tierra gira alrededor del sol.

1633

Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.

1641

Descartes publica sus *Meditaciones*, inicio de la filosofía moderna.

1677
La muerte de Spinoza hace posible la publicación de su *Ética*.

1687
Newton publica *Principia* e introduce el concepto de gravedad.

1689
Locke publica su *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*. Comienzo del empirismo.

1710

Berkeley publica *Tratado sobre los Principios del Conocimiento Humano*, conquistando nuevos campos para el empirismo.

1716

Muerte de Leibniz.

1739-40

Hume publica el *Tratado de la Naturaleza Humana*, y lleva el empirismo a sus límites lógicos.

1781
Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la Razón Pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.

1807
Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.

1818
Schopenhauer publica *El Mundo como Voluntad y Representación*, introduciendo la filosofía hindú en la metafísica alemana.

1889
Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.

1921
Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus*, proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.

1920s
El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.

1927
Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y Tiempo)*, anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental.

1943
Sartre publica *L'être et le néant (El Ser y la Nada)*, adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.

1953
Publicación póstuma de las *Investigaciones Filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Cronología de la vida de Kierkegaard

1813
Nace Søren Kierkegaard en Copenhague.

1830
Estudiante de teología en la Universidad de Copenhague.

1834
Muere su madre.

1837
Conoce a Regina Olsen cuando ésta cuenta catorce años.

1838
Muere su padre.

1840
Compromiso con Regina.

1841
Rompe el compromiso con Regina y se traslada a Berlín.

1842
Publica *O lo uno o lo otro*.

1843
Publica *Temor y temblor*.

1844
Publica *El concepto de la angustia*.

1846
Se ve envuelto en una virulenta polémica con la revista satírica Corsaria.

1848
Tiene una experiencia religiosa que cambia su carácter y su actitud respecto de predicar la palabra de Dios.

1849
Publica *Enfermedad y muerte*.

1854
Se enzarza en una polémica contra la Iglesia.

1855

Funda la revista El Momento, que llena de sus propios artículos en contra de la Iglesia. Ve a Regina por última vez en abril, antes de que ésta embarque hacia las Indias Occidentales. En octubre sufre un colapso en la calle y es llevado al hospital. Muere el 11 de noviembre.

Cronología de la época de Kierkegaard

1813

La quiebra del estado danés causa la ruina general (a la que escapa el padre de Kierkegaard, que tiene sus ahorros en papel del Estado.)

1813

Nace Wagner.

1815
Batalla de Waterloo. Los británicos consolidan su Imperio en la India.

1821
Faraday descubre el principio del motor eléctrico.

1825
Nacimiento del ferrocarril: Stephenson inaugura la ruta entre Stockton y Darlington.

1829
Los británicos se anexionan el subcontinente australiano.

1830

Grecia consigue independizarse del Imperio Otomano.

1831

Hegel muere del cólera en Berlín. Darwin embarca en el HMS Beagle hacia las Islas Galápagos.

1832

Muere Goethe en Weimar.

1834
Los estados alemanes establecen la unión aduanera (Zollverein), ayudando así a los comienzos de la Revolución Industrial en Europa.

1844
Nace Nietzsche.

1845
Los Estados Unidos anexionan la República de Tejas.

1848
Una oleada revolucionaria se extiende por Europa. México cede la América suroccidental (California) a los Estados Unidos.

1850
El filósofo antihegeliano Schopenhauer alcanza tardíamente la fama.

1853-1856
Guerra de Crimea.

1856
Nace Freud.

Lecturas recomendadas

ROBERT BRETALL, ed., *A Kierkegaard Anthology* (*Una antología de Kierkegaard*) (Princeton University Press, 1973).

PATRICK L. GARDINER, *Kierkegaard* (Oxford University Press, 1988).

DAVID J. GOUWENS, *Kierkegaard as Religious Thinker* (*Kierkegaard como

pensador religioso) (Cambridge University Press, 1996).

BRUCE H. KIRMMSE, ed., *Encounters with Kierkegaard* (*Encuentros con Kierkegaard*) (Princeton University Press, 1966).

ROGER POOL, *Kierkegaard: The Indirect Cummunicatiun* (*Kierkegaard: La comunicación indirecta*) (University Press of Virginia, 1993).